

LA NACIÓN MILITAR



Semanario independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

DIRECTOR PROPIETARIO: D. ANTONIO PÍAZ BENZO

AÑO I. — NÚM. 2.]
Madrid.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

8 DE ENERO DE 1899

ADMINISTRACIÓN: MADERA, 6.

[NÚMERO SUELTO
15 céntimos.



LA SERENATA
Ayuntamiento de Madrid

→ ⊙ SUMARIO ⊙ ←

La primera base de nuestra reorganización, por Antonio Díaz Benzo.—Decadencia militar de Roma, por Gonzalo Reparaz.—El fantasma de la amortización, por A. D. B.—Serafina, por Carlos Luis de Cuenca.—Soluciones, por A. Sánchez Pérez.—Menudencias, por F. C.—El maestro León, por Eduardo de Palacio.—La consigna, por Xaudaró.

LA PRIMERA BASE

DE NUESTRA REORGANIZACIÓN

Pocas palabras del tecnicismo militar se prestan más á la diversa interpretación de su verdadero concepto que la palabra DISCIPLINA.

Por ella entienden los más desafectos al ejército el trato duro y cruel para la tropa, la severidad grosera para el Oficial y la desconsideración para el Jefe. Los que así piensan, tienen hasta lástima de todo el que lleva uniforme, creyendo de buena fe que es un mártir de la humildad.

Otros, menos radicales, aprecian las ideas de común dignidad y respeto que establecen nuestras célebres Ordenanzas; pero juzgan que la disciplina convierte en autómatas al inferior, y, por lo tanto, nunca logran explicarse la famosa iniciativa que tan de continuo aconsejan los libros de arte militar.

Muchos, no llegan á tanto, y limitan la silenciosa obediencia, dentro del estrecho círculo de las evoluciones tácticas, y aun esto les parece á no pocos excesivo y reducen ese círculo al orden cerrado, queriendo extremar tanto la libertad individual, que alguno llega á pretender que los soldados de una guerrilla sean todos verdaderos estrategas.

No hay para qué decir que tan exageradas suposiciones pecan todas de un completo olvido de la realidad.

Pero cunde mucho, además, en estos tiempos de parlamentarismo, la tendencia á considerar la disciplina

como una obligación que sólo alcanza cuando se presta servicio; como una obediencia accidental; como un respeto momentáneo; como una virtud que acompaña á la espada cuando se ciñe; pero que no se lleva en el alma, que no se siente de continuo, y que es como el llanto ó la risa del cómico, apariencias necesarias, no más, para la acción temporal que se desarrolla, quedando, por consiguiente á todos, no ya la libertad de emitir, en forma correcta, el pensamiento, fruto de su experiencia y de sus estudios, por si puede valer algo para el progreso de la ciencia, del arte ó de la organización militar, sino el libre albedrío de lanzar sus opiniones en la forma que le plazca, estableciendo escuela, sociedad ó grupo, como crea oportuno.

No vamos á deslindar cuál sea el más exacto concepto de la disciplina, porque eso corresponde á quien tenga mucho saber, y por lo tanto autoridad; pero sí llega á nuestra modesta inteligencia el poder afirmar sin vacilación, que, sea cual fuere la manera de entender la disciplina, deben todos los que pertenecen al ejército, y aun todos los ciudadanos, entenderla del mismo modo, para cumplir también igualmente los altos fines que representa, y cada cual en la esfera de acción que le corresponda.

Pues de otra suerte, se nos figura que no sólo se debilitaría la unidad de mando, imprescindible para la vida y vigor del ejército, sino que llegaría á funcionar, como los lidiadores, por cuadrillas; y no sería posible atender al mejoramiento de su organización, armonizando los preceptos é instrucciones para toda clase de servicios, bajo el principio único, fundamental, común y extenso del concepto que se aceptase para entender la disciplina, y que, enseñado y practicado siempre de idéntico modo, vendría á formar en el militar, como en el paisano, si bien con distinta proporción, una misma virtud cívica que, aunque hoy existe, unificada su forma, sería comprendida por todos igualmente, y venerada también por igual como hermana inseparable de su patriotismo.

ANTONIO DÍAZ BENZO.

DECADENCIA MILITAR DE ROMA

EL período épico de la historia militar de Roma es el de las guerras itálicas, y acaba en la segunda lucha con Cartago, como el período épico de la historia militar de España, es el de las guerras peninsulares (Reconquista), y acaba en Flandes, al morir Farnesio. Con la expansión romana por la cuenca del Mediterráneo crece la gloria y disminuyen los caracteres. La abundancia de Manlios, Camilos, Fabios y Coriolanos mudece en escasez. Cierta es que de esa escasez pudo salir un hombre como César, pero tal hombre era una excepción: árbol gigante, cuya copa se erguía muchos codos sobre medianías encumbradas por la intriga, de las que es buen ejemplo Pompeyo, el vencido de Farsalia. En siglos anteriores las excepciones valieron menos, pero la masa mucho más. No puede dudarse de que los legionarios de Fabio Máximo ó los de Valerio Corvo, y los que con Claudio Nerón cruzaron Italia de Sur á Norte, de Apulia al Metauro, en siete días, para salvarla, desbaratando el ejército que Asdrúbal llevaba de España, eran mejores soldados que los de las campañas de las Galias, y éstos á su vez muy superiores á los de Trajano y Séptimo Severo.

Las campañas ultramarinas han corrompido siempre á los ejércitos. Las de los romanos en España fueron parte

importante en la degeneración del carácter de los vencedores del mundo antiguo. Apenas comenzada la conquista, fué preciso enviar á Marco Porcio Catón á moralizar la administración militar. La rapacidad de los jefes autorizaba la de los soldados, y el bandolerismo de todos tenía en perpetuo desasosiego á los naturales. Las revueltas seguíanse unas á otras. Un día alzábanse los lusitanos, otro los celtiberos, otro los carpetanos, sin concierto entre ellos, como no podía dejar de suceder á pueblos primitivos, para los que la idea de patria no se extendía más allá de los límites del territorio de la propia tribu ó kabila. España no existía entonces. Los romanos constituyeron fácilmente la guerra con elementos del país que sin dificultad les servían. Organizaron milicias y guerrillas que perseguían á las partidas por bosques, montañas y pantanos, imitando su manera de caminar, poner emboscadas, fingir retiradas, seguir rastros, etc., etc. Cuando se levantaba alguna tribu considerable salían á castigarla los legionarios á las órdenes de algún pretor. Si había levantamiento de más de una, ó de nación indígena entera, solía venir de Roma algún cónsul ó procónsul con tropas de refresco á mandar en jefe. Estos mandos, eran muy apetecidos y casi siempre se lograban por medio de la política, concediéndolo

los de preferencia el Senado á las personas influyentes del partido aristocrático. El nombrado marchaba siempre á su destino acompañado de clientes y amigos, á quienes favorecía con recompensas y destinos y aventajaba en el reparto del botín. Ni siquiera hombres de verdadero mérito como Escipión Emiliano, el vencedor de Numancia, escapaban á estas flaquezas. Fué de los que trajeron más numerosa clientela.

La guerra degeneró pronto en industria. Era una manera rápida y segura de hacer dinero. El pretor que veía pasar el tiempo de su mando en paz procuraba alterarla para aprovechar ocasiones de medro personal. Galba provocó á los lusitanos degollando á mansalva á más de siete mil de ellos, y Lucio Lúculo entró en la Cauca por traición, exterminando á los pobladores. Estos dos sucesos, principalmente el primero, determinaron el alzamiento de Viriato;

"Era la España un campo de explotación para los sordidos pretores y procónsules avaros. Venían aquí pobres y sobrabanles dos años para volver opulentos. No bastaban las ricas minas de este suelo para apagar su insaciable sed de oro; no les bastaban las exacciones y tributos en su codicia desenfadada empleaban también la depredación y la rapiña como medios comunes. El Senado romano, en otro tiempo tan virtuoso y austero, en vez de castigar á los que así se entregaban á la rapacidad y al escándalo, solía premiarlos con ovaciones, y graduaba la gloria ó el talento de cada pretor por las riquezas que llevaba. Escipión Nasica que, correspondiendo á la gloria de su nombre, se había conducido con pureza y desinterés, pidió dinero á Roma para proseguir la guerra de España. "Pues qué, le respondió irónicamente el Senado, ¿se han agotado ya las minas de ese país?" De creer es que no habría sólo tolerancia de parte del Senado, sino complicidad también y participación en la presa. De tal modo se adulteran las instituciones más venerables cuando se corrompen los hombres. Así eran tan codiciadas las pretorias de España, pero así se dificultaba también su conquista."—(LAFUENTE: *Hist. de España*, t. I, pág. 71.)

Galba y Lúculo "volvieron á Italia cargados de tesoros mal adquiridos; el uno, salió absuelto; el otro, no fué siquiera procesado. Este mismo Galba, acusado á la edad de ochenta y cinco años por Catón, se salvó merced á las súplicas de sus hijos y al oro robado en España."—(MOMMSEN: *Hist. de Roma*, t. IV, pág. 295.)

El pretor Fulvio fué uno de los mayores ladrones de aquel tiempo. El año 180 pidió el relevo y que le dejaran entrar en Roma con sus tropas. Tuvo de defensor en el Senado á un tal Minucio, á cuyo discurso replicó Sempronio Graco, con estas palabras: "Al oír la relación que nos hacéis de las proezas de Fulvio, no debería haber ya un solo pueblo en España que no obedeciese á los romanos. Sin embargo, yo sé á qué se reducen esas conquistas que no pasan de las comarcas vecinas á nuestros campamentos; porque hasta ahora no hemos hecho en España otra cosa que acampar."

A pesar del parecer contrario de Sempronio Graco, concediósele á Fulvio lo que pedía. Volvió á Italia con 16 000 hombres y cargado de riquezas. Depositó en el tesoro público 124 coronas de oro, 31 libras de oro en barras y 173 000 monedas de plata. ¡Imagínese lo que reservaría para sí! Cneo Léntulo había llevado 1 515 libras de oro, 20 000 de plata y 34 500 monedas del mismo metal. Lucio Sternio recogió 500 000 libras también de plata.

La guerra no se acababa, porque acabarla, era acabar el negocio. Los generales romanos alegaban, que la manera de pelear de los españoles no se parecía á ninguna otra, pues vencidos se dispersaban para volver á reunirse sin sufrir, las más de las veces, verdadero quebranto, y vencedores acosaban á los romanos hasta sus cuarteles sin darles punto de reposo; acometían donde menos se les esperaba, escondíanse en los bosques y en las fragosidades de las montañas; hacían rapidísimas marchas, en las que los legionarios, más cargados que ellos, no podían alcanzarles. Denominaban á los infatigables insurrectos latrofaciosos, y decían que aquéllas no eran verdaderas campañas, sino *guerras de ladrones*. Pero los soldados repatriados pintaban con los más negros colores las fatigas, las hambres y los peligros que sufrían, y las mil enfermedades á que se hallaban expuestos en este ingrato clima. "Como los rebeldes no tenían grandes ciudades con cuya posesión se pudiese asegurar la del país, decían, la dispersión de las infinitas aldeas y fortines obligaba á diseminar las fuerzas y hacía la guerra inacabable, no ganando los ro-

manos, después de la conquista de cada uno, otra cosa que la posesión de peñascos estériles." (Véase Mommsem, ob. cit.)

Estas noticias infundieron tal terror á la juventud romana, que en el alistamiento abierto para formar el ejército que había de mandar Lucio Lúculo, no se inscribió un solo hombre. Fué preciso que personaje tan respetado y de tan alta nobleza como Escipión Emiliano, se ofreciese como voluntario para que se alistase suficiente número de reclutas.

Cuando vino á mandar en jefe, encontró al ejército completamente desmoralizado. De las legiones con que emprendió el bloqueo de Numancia expulsó 2 000 mujeres públicas, infinidad de mercaderes, adivinos, sacerdotes, etc. Obligó á los soldados á trabajar día y noche, pero no quiso llevarlos al combate. La ciudad se le rindió por hambre.

**

El ciudadano de Roma dejó de considerar el servicio militar como deber y empezó á mirarlo como oficio, del que por incómodo y poco lucrativo, huían los nobles y los ricos. En la guerra civil entre Mario y Sila vemos cohortes de libertos, de esclavos y aun de gladiadores. La caballería, tan importante en la táctica de los primeros siglos de la república, y compuesta de la gente más principal, pasó á ser arma accesoría reclutada entre los militares. La antigua división legionaria en *hastatii*, *principes* y *triarii* desaparece de hecho. La legión pasa á dividirse en veteranos y bisoños, perdiendo gran parte de su antigua solidez. Fué preciso aligerar al soldado para darle mayor movilidad. Hasta el peso de las armas disminuyó.

Pero el vigor ofensivo de los ejércitos no aumentó, antes al contrario. La principal preocupación de los emperadores fué cubrir de líneas defensivas las fronteras. Hoy las llamaríamos trochas. Augusto hizo la del Rhin, límite del imperio romano después de la derrota de Varo y del exterminio de las tres legiones que éste mandaba. La degeneración militar de los romanos era tan grande, que Augusto tuvo que decretar crueles suplicios en aquella ocasión para conseguir que los ciudadanos se decidiesen á tomar las armas. A la trocha del Rhin siguió la del Danubio y á esta la de Caledonia y otras. La importancia del imperio para la lucha se traducía en un apego invencible á la defensiva pasiva. El ejército, á medida que valía menos, pedía más, y ni emperadores tan enérgicos y de tan singulares prendas como Adriano, podían llegar al solio sin repartir antes á los soldados el *donativum* que éstos exigían.

Los efectivos eran cada vez mayores y las campañas más largas y menos decisivas. César había vencido en Farsalia con 22 000 hombres. Marco Antonio condujo contra los partos más de 100 000 y tuvo que retirarse vencido. Verdad es que aquella guerra no se parecía á ninguna otra, decían. El enemigo no daba nunca la cara, huía siempre, se dispersaba y acababa por extenuar al legionario, más cargado y menos ágil y sobrio.

Como no hay más guerras especiales que las mal hechas, desde que olvidaron el arte de hacerlas, sacaron para todas la disculpa de la especialidad.

En los últimos tiempos del imperio la caballería aumentó en número pero no en importancia. La impedimenta llega á ser enorme. El jefe de una legión necesitaba para su servicio propio 26 000 litros de trigo, 52 000 de cebada, 650 kilos de tocino. 1 860 litros de vino añejo, 300 pieles para tiendas, etc. Esto sin contar el sueldo, que había de ascender á 25 000 sestercios oro. El comercio cobraba en moneda depreciada. La impedimenta de los oficiales era proporcionada á la de los jefes. El número de ordenanzas escandaloso. Alejandro Severo dió una ley limitándole. El reclutamiento, forzoso ó voluntario, llevaba al ejército la escoria de una sociedad en descomposición.

"El nivel descendía, así en los de arriba como en los de abajo, en los soldados como en los jefes, y por consiguiente, en el gobierno. ¿De quién era la culpa? De los ciudadanos todos, que, satisfechos de vivir cómodamente, no querían servir en el ejército, y de los príncipes, que no sabían obligarles. Ya hemos dicho que la aparición de una organización militar superior señala siempre el advenimiento de una dominación nueva, porque el ejército es, por muchas razones, el resumen de la civilización de un pueblo."—(DURUY: *Histoire des romains*, t. VI, pág. 301.)

¡Lástima que esta gran verdad apenas sea conocida en España!

GONZALO REPARAZ.

EL FANTASMA DE LA AMORTIZACIÓN

No hay un pueblo más brioso que el español, ni lo hay tampoco menos militar.

En las cortas épocas de paz que disfruta, cuidase poco ó nada de cuanto afecta á su defensa; clama por la reducción del ejército; le molestan hasta las maniobras militares, y sólo se interesa en ver á sus soldados cuando forman, en parada ó para el paso de alguna procesión.

Surge una guerra, y entonces todos son apuros y declamaciones, como en casa donde se come mal y aparece de pronto un convidado. Entonces también se multiplican los obsequios para el recluta ó reservista que marcha á su regimiento, como para el cuerpo, brigada ó división que sale á campaña. Las mismas Cámaras de Comercio, Juntas de gremios y Sociedades mercantiles victorean á las tropas cuando se van, tratan de acaparar las contratas de suministro mientras dura la guerra, y luego cuando ésta termina se reúnen nuevamente para dolerse de lo que se ha gastado, de los empleos y pensiones que se dieron y de que no se contase con ellos para dirigir las operaciones. En el curso de los combates, estos mismos señores y otros muchos muy distinguidos y encumbrados bloquean al Ministro de la Guerra, y tratan de imponerle sus pretensiones por todos los medios y habilidades, para que los militares parientes, amigos, allegados y aun desconocidos que les recomiendan, obtengan cruces y empleos, y si es posible, cada uno traiga una cruz de San Fernando, convertido en héroe de familia á manera de dios penate.

El Ministro necesita demostrar una voluntad de hierro, y una serenidad de juicio extraordinaria, para no cometer injusticias, para mantener la equidad, que es base de la disciplina, y para no faltar á los reglamentos y leyes de recompensas y ascensos. Esta nube de vehementes protectores llega hasta los Generales y Jefes, pretendiendo que se admiren del valor de sus subordinados, como si no hubieran visto en su vida una riña de machachos; y cuando á

uno se le niega el premio, sus amigos le comparan con los demás, para decir que éstos no han hecho nada, ni sirven para maldita de Dios la cosa.

Pero es claro, después del Carnaval viene la Cuaresma. El sonriente y amable visitante que pretendió ganar la voluntad del Ministro ó del General en provecho de varios deudos, toma el aspecto serio de congresista y con severidad catoniana quiere arreglar de golpe y porrazo lo que estuvo pretendiendo desarreglar luengo tiempo.

Como secuela ineludible de todas las guerras, y en todas las naciones, puede contarse el exceso de oficialidad y aun cierto maleamiento de ella. Es, pues, evidente, que siempre hace falta, no sólo amortizar empleos, sino depurar las escalas. Pero es obra muy lenta, que reclama por su grave y delicada índole, no poca meditación y compulsión, y sobre todo, la oportunidad del momento en que se ha de realizar, cuando, adoptada una organización definitiva, se sabe, á punto cierto, el personal que sobra en cada plantilla; cuando ya las pasiones se han calmado; cuando no hay temores de alteración del orden público, y cuando ha transcurrido tiempo suficiente para que cada cual se ocupe en sus intereses y piense en su porvenir.

El actual Ministro de la Guerra es persona muy sensata y concienzuda, que no se deja llevar de impresiones, y puede asegurarse que con igual cordura ha de sufrir la algazara de los que anuncian como específico milagroso el fantasma de la amortización rápida y cruel, que sumiría á muchas familias en la pobreza, mataría muchos entusiasmos preciosos y lesionaría derechos sagrados; como ha de saber, con firmeza y discreción, llevar á cabo, cuando sea oportuna y con la poderosa ayuda de la severidad de las leyes y de los tribunales de honor, esa mejora que habrá de conquistarle el aplauso del ejército y de la nación.

A. D. B.

SERAFINA

El año noventa y tres
tuve yo mucho interés
por una mujer divina.
Se llamaba Serafina
y no será... ¡que ya lo es!
Opinan sabios autores
que, entre todas las mujeres,
en el lenguaje de amores
es muy frecuente un "¿me quieres?",
Serafina... ¡no, señores!
con toda su urbanidad,
acostumbraba á decirme:
— "Dispense la libertad
que me tomo, al permitirme
pedir tenga la bondad
de servirse contestarme,
si en ello no se molesta,
y con ello quiere honrarme,
si le parece dispuesta

su inclinación... á apreciarme."
En finura y en esmero
rayaba en lo indescriptible.
Para hablar al carbonero
le llamaba "Caballero,
gerente del combustible."
Un lord muy particular
por poco no me desbanca,
cuando llegó á averiguar
que él se bañaba en el mar
de frac y corbata blanca.
Nunca vieron los humanos
ni frases más elegantes,
ni modos más cortesianos.
¿Ella? ¡Estrenaba unos guantes
para lavarse las manos!
Rasgo de su educación...
La dije en cierta ocasión:
— ¡Ay, qué nariz tan divina!

y me contestó muy fina:
— Está á su disposición.
Y de rasgos como aquel
pudieran citarse mil,
porque los tiene á granel.
En el día de San Gil
manda tarjeta... al cuartel.
En toda la edad moderna
no hay mujer más mojigata,
ni más fría, ni más tierna.
Es su apellido *Zapata*
y ella se firma *Za-pierna*.
Y, en fin, ¿si sería fina?
Para llamar á su hermano,
de la sala á la cocina,
le mandó un *besalamano*.
¿Será fina, Serafina?

CARLOS LUIS DE CUENCA.



DE FUERA VENDRÁ...

Cuadro de Reishert.

SOLUCIONES

¿Qué? ¿Imaginaban Vds., por ventura, que no teníamos en España solución para los conflictos presentes? Pues estaban equivocados; la hay; ó, para expresarme con más exactitud, las hay; porque son varias; tantas cuantos son los problemas planteados aquí, á consecuencia de los últimos deplorables acontecimientos.

Hay varias, quizá muchas; pero está en lo probable que, bien examinadas todas, puedan contenerse en dos; lo mismo que los diez mandamientos, según los Padres Aste y Ripalda.

Una: la que discurrió, hace ya algunos meses, un señor ministro de Fomento para que los alumnos de segunda enseñanza estudiaran, en seis años, tres docenas de asignaturas.

Otra: la imaginada por algunos ciudadanos de buenas costumbres y de buena edad, de que se concluyan antes de la una los espectáculos teatrales de la villa y corte.

Como se ve, tienen la una solución y la otra los caracteres de todas las invenciones grandes: la claridad y la sencillez.—Que nuestros hijos, al ser bachilleres, posean sendos certificados de treinta y seis clases *probadas*; que de los teatros salga el público lo más tarde á la una menos cinco minutos y se salvó el país, y marcharemos todos y yo el primero (como dijo el *otro*; ya saben Vds. quién era *ese otro*) por la senda de las prosperidades y de las bienandanzas.

Tan claro, tan sencillo es esto, que maravilla cómo no nos habrá ocurrido á todos lo mismo, mucho antes.

Ironías y bromas á un lado. ¡Ah, señores políticos! ¡Por todos los santos y santas del martirologio de Baroniol, tengamos seriedad y juicio una vez siquiera, porque, en verdad os digo, que están haciéndonos mucha falta.

En que nuestra querida patria española ha sufrido durante el año último golpes muy rudos, convenimos todos; en que torpezas y desaciertos de... (de los que hayan sido desacertados y torpes, pues eso no voy á decirlo en las columnas de LA NACIÓN MILITAR), en que torpezas y desaciertos de muchos, vuelvo á decir, nos han puesto casi al borde del abismo, también están de acuerdo todos los españoles que tienen la cabeza para algo más que para percha de su sombrero; sobre que, después de haber consumido tanto oro, y perdido tanta sangre y malgastado tantas fuerzas, es necesario, absolutamente necesario procurar, á cualquier coste, algo parecido á una regeneración, si no queremos morir de puro anémicos y de puro deshonorados, no hay, entre nosotros, diversidad de pareceres. Los franceses, después de la campaña franco-prusiana, para ellos tan funesta, únicamente pensaban en su *revanche*; nosotros, más juiciosos que los franceses, pensamos principalmente, en *resucitar*, en regenerarnos.

La cosa no es imposible, estoy por afirmar que no es ni aun difícil, porque esta muerte nuestra es más aparente que real... España no ha muerto, ¿qué ha de haber muerto? Vive, vive aún, y tiene mucho que hacer todavía, para que piense en morir ahora.

Bueno; pero que no se figuren el Excmo. Sr. Gamazo y los partidarios de su plan de enseñanza, que convirtiendo los cerebros de nuestros hijos adolescentes en almacén de recetas pseudocientíficas y obligándolos á sufrir medio centenar de exámenes en el transcurso de seis años, nos encaminamos á la regeneración apetecida.

Ni piensen los hombres constituidos en autoridad que en la persecución contra los trasnochadores está la felicidad de la patria. Si LAS CUARTAS DE APOLO, famosísimas en Madrid entre los revendedores y la gente moza aficionada al mujerío de rompe y rasga, en lugar de concluir á la una y media terminasen á la una menos cuarto, estén Vds. seguros de que las cosas continuarían exactamente lo mismo que están ahora, si es que no se ponían más feas.

Los que piensan que el *género chico* en literatura teatral, y el *flamenquismo* en las costumbres, y el trasnochado de los desocupados, han sido causantes de nuestras desdichas, se equivocan de medio á medio; toman por causal lo que es solamente sintomático; que vale tanto como tomar el rábano por las hojas. No se halla mal nuestro país porque unos cuantos señoritos gasten su salud y su dinero en cuchipandas y francachelas con las *chicas del coro*, ó con las *estrellas* al alcance de todas las fortunas; no provienen nuestras desdichas de que la juventud madrileña (no la mayor parte, ni la mejor, al contrario) trasnoche mucho y por consecuencia madrugue poco; sucede precisamente al revés; ocurren esas cosas porque el país anda muy atrasado en todo.

Y para conseguir que adelante no procede obligar á los niños de once años á que estudien *álgebra*, que seguramente no han de entender; ni acostumbrarlos desde pequeños á las mogigangas ridículas de exámenes que para nada

sirven; de títulos y pruebas de curso y enseñanza oficial y explicaciones en que todo es *convencionalismo*, sin que pueda ser otra cosa, mientras el sistema no cambie radicalmente.

La resurrección, la vida y la regeneración han de venir por otra parte.

¡Oh! y vendrán; no lo duden ustedes... pero no duden tampoco de que no han de traérselas los mismos que han causado la dolencia ó no han sabido prevenirla cuando era hacedero evitarla.

No van hacia esa apetecida regeneración los que, para eludir responsabilidades, procuran crear—incurriendo en crimen de lesa patria—antagonismos absurdos entre el ejército y el pueblo.

A ese antagonismo,—que si existiese, como por fortuna no existe ni existirá, porque ni puede ni debe existir, sería funesto y más temible que cuantas desgracias han llovido sobre nosotros,—van enderezados los trabajos de algunos partidarios del aforismo: *divide y vencerás*.

No, ese supuesto antagonismo entre los elementos civil y militar no tiene razón de ser, y no será: entre el pueblo trabajador que sostiene á la patria y el ejército que la defiende, no puede haber, digan lo que quieran los que son á un tiempo mismo enemigos del pueblo y del ejército, rivalidades ni disidencias.

¡Cómo ha de haberlas si pueblo y ejército, y ejército y pueblo son una sola y misma cosa!

Sí, en un país organizado sabiamente, todos los ciudadanos son soldados y todos los soldados son ciudadanos.

Cuando peligre la patria, allá irán á defenderla todos los hombres útiles; quiénes, para estos casos, habrán recibido instrucción militar. Cuando el país goza del beneficio de la paz, en él están procurando su engrandecimiento los que antes le defendían como soldados.

El ejército es el pueblo en tiempo de guerra; el pueblo es el ejército en tiempo de paz. No puede haber antagonismo entre uno y otro; son la misma patria.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

MENUDENCIAS

Yo no les temo á los críticos,
Porque escribo muchos versos
¡Pero nunca los publico!

Para casarse, espera mi Martina
Que acabe la carrera de Derecho;
No sabe la infeliz lo que se ha hecho,
¡Porque estoy estudiando Medicina!

En presumir haces mal
De ser tan salada, Bruna;
Que de derramar la sal
Te has quedado sin ninguna.

Todos afirman que es malo
Lo que ellos mismos escriben;
¡Pero se ponen furiosos
En cuanto otro se lo dice!

Con su desvío la falaz me hiere.
¡Ay, moriré... de viejo, si Dios quiere!

—Es bueno, bonito y sano
Este pueblo.

—Sí, señor;
¡No hay otro pueblo mejor
Para pazar el verano!
—¿Y es fresco?

—¡Ni una sandía!
Tres vinieron, como *ustés*,
Hace muy poco... ¡y los tres
Se han muerto de pulmonía!...

Salió á operaciones Rojo,
Y en el sitio del Ramblazo
Le estropearon un brazo
Y á más le dejaron cojo.

Y hoy exclama muy formal;
Mirándose los muñones:
—¡Para estar de operaciones,
Estar en el hospital!

Tan distraído es Ginés,
Que al escribir á Sotero,
¡Echó la carta primero
Y se la escribió después!

Ayuntamiento de Madrid

¿Te enojas, vida mía,
Porque he llegado yo á llamarte *inniunda*
En una poesía?...
¡Y yo qué le iba á hacer si no podía
Encontrar consonantes á Raimunda!

No puede mirar al mar,
Según me afirman, Andrea,
Porque siempre al ver bajar
La marea, la marea.

—Dame un cigarro.
—¡Pero, hombre,
Si ya te lo he dado, y tienes!
—No importa; quien da primero
Ya sabes que da dos veces.

Tuvieron una cuestión,
Y Juan le pegó á Ramón,
Que hoy me decía indignado:
—¿Con qué objeto me ha pegado?
—¡Creo que con el bastón!

F. C.

EL MAESTRO LEÓN



ERA un hombrecito de una vez y un artista.

En particular—porque “en general,” no podía ser—para la música, y para las letras, y para el toreo, y para el teatro, y para afeitar y cortar el pelo sin dolor.

Rasgueaba ó punteaba ó respunteaba en la guitarra, desde la “marcha de Luis XVI hasta el *bolero de Norma*,” según él, y se oía los tambores y los clarines y las voces de la muchedumbre rabiosa. Lo mismo ejecutaba música extranjera que patriótica; la sinfonía 432 con 50 de Beethoven y unas sevillanas puras.

Y si él hubiera alcanzado á Wagner,—que le alcanza seguramente á carrera larga ó si continúa tocando la guitarra—no habría encontrado dificultades para la ejecución de la *Walkyria* ni de la *Trifulca*.

¡Qué manos tenía para la guitarra y para la brocha y la navaja!

Por que á más de profesor de guitarra y de buen aficionado á toros...

—¿Era pintor?—se anticipará á preguntar ó á suponer algún lector impaciente.

—Pues no—le contesto—era barbero; pero no de esos barberos de “comunidad,” como él decía, aplicando el calificativo que se da á los caballos ó á los individuos que hacen de caballos segundos y del coro, en las corridas de toros: caballos no escogidos.

Cuando el maestro León pasaba la brocha impregnada en el agua con jabón, *medieval*, digo, á una temperatura agradabilísima, no se sentía sino un bienestar paradisiaco.

—Ni se enteran, siquiera, de que les enjabono—repetía él—y no es el primero que se me ha quedado sonámbulo; ea, dormido por dentro, involuntariamente.

¿Y con la navaja en la mano? ¡Qué fototipo!

A cualquier mortal le tiembla la gente, viéndole así:

Pero ver al maestro, era ver un modelo escultórico de género chico.

¡Qué posturas! y qué estilo para descañonar sin que se conociera! Como los zurcidos bien hechos.

En Sevilla era un personaje popularísimo.

De esos que siempre hay en las grandes capitales, y aun en las pequeñas, y aun en los pueblecillos de cuatro vecinos y un cabo.

¿Quién no conocía al Maestro?

¿Quién no acudía á su establecimiento, particularmente en víspera de corrida de toros?

Era—como él decía—socio circular; esto es: de sinnúmero de círculos, casi aristocráticos.

Del taurino; del de cazadores con reclamo; del de pescadores de caña... ó de hueso; de *Talla* y *Tan sin corsé* ó sea: *Talla* y *Terpsicore*, para las demás personas; sociedad, como “ello mismo dice,” de excursionistas á Eritaña y jugadores de *rentói* y aficionados á representar comedias.

No solamente personas principales de Sevilla, sí que también de otras provincias y aun extranjeras, visitaban en su establecimiento al maestro León.

Solamente por oírle había quien hubiera pagado la entrada á cualquier precio.

Y no faltaba quien abusara de aquel hombre eminente.

Como un *golfillo* que entró un día en la sala de la peluquería y dijo al mismo dueño:

—Córteme V. el pelo, maestro, deprisita.

—Ayá va, siéntate en ese siyón, güen mozo.

Se sentó el chiquillo, y principió el maestro la operación.

—Dime, niño, ¿tú ibas pa Nasareno?—le preguntó.

—¿Por qué?

—Por la melena. ¡Jesús!, hay aquí lana pa un corchón conyugá.

Cuando terminó la tarea, le dijo, quitándole el paño y sacudiéndole:

—Ya estás listo, hermoso.

—¿Sabusté?—tartamudeó el muchacho así como avergonzadillo, y poniéndose el sombrero—que no tengo ni un botón.

—¿Y á mí que me cuentas? ¿Soy yo sastre, por caso?

—Si quiero desí que no traigo dinero pa pagale el pelao; me cambié de brusa, y...

—¡Ay qué grasioso! ¿Yevas tú las moneas cosidas á la brusa? ¡Anda ya por ahí y que güervas á echá los cuernos con salú! ¡Arsa!

—¿Y deja V. que se vaya de rosas—preguntaron los presentes en la peluquería—después de cortarle el pelo?

—¿Y qué quieren Vds., que güerva á ponésele? Mi casa es un establecimiento de Maestranza, y no puedo rebajarme á dar escandaleras, ni por veinticinco céntimos ni por veinticinco miyones de kilos esterlinos.

Pero lo que estuvo á dos dedos de ocasionar una ruina al maestro León fué una interpretación mala, no de *Don Juan Tenorio*, cuyo drama representó, complicado con otros varios artistas de afición, no sé si en el *Teatro del Duque*, sino de las intenciones de un espectador.

La función era para beneficio de una familia “cada día más desgraciada,” como anunciaron en los carteles.

La sociedad de *Talla* y *consorte*, que decía León, para librarse de pronunciar el nombre de *Tan sin corsé* ó *Terpsicore*, tan dificultoso, organizó la fiesta benéfica.

El maestro León se encargó del papel de protagonista en obsequio á los infelices beneficiados.

La entrada fué un lleno.

—Esto es para que se enteren los envidiosos de lo que yo soy en el arte: que anuncien al difunto Romea ó al difunto Tamberlik ó cualesquier otro difunto, á ver si llenan el teatro como yo.

¡Qué representación! Aquello no eran ovaciones sino delirios del público.

De cuando en cuando los dependientes de la empresa tenían que salir á escena para recoger hortalizas.

El escenario era una huerta.

En una de las primeras filas de butacas estaba un caballero que no perdía palabra ni movimiento del *Tenorio*.

El maestro se fijó en él, y observó que le hacía una mueca, así como si quisiera decir: "Eso no vale nada."
Estaba ya loco de indignación el actor y hubiera clavado con la vista al de las muecas.

Y por lo bajo, decía:

—Hágalo usted mejor, so sinvergüenza.

Cuando llegó á lo de:

"A las nueve en esta calle,
y á las diez en el convento,"

lo dijo mirando al caballero y como desafiándole.

—¿Qué es eso maestro?—le preguntó otro "artista."

—Que voy á matar á un guasón esta noche; á un tío que me está faltando en cuanto que sargo á escena.

Pero la llegada del caballero de las muecas al cuarto donde se vestía el maestro León, evitó un lance.

El desconocido, á quien acompañaba un amigo del "artista," era un forastero excesivamente nervioso, que gesticulaba constantemente, sin darse de ello cuenta.

¡Qué tranquilidad para el maestro!

Porque era lo que él decía modestamente:

—¡A mí, que hasiéndome el negro de la *Flor de un día*, he arrancado lágrimas de algún príncipe extranjero á Dios gracia, y que recibí un título de sósio de un círculo de color en Haití de América! Y todo por eminencia, por eminencia.

EDUARDO DE PALACIO.

LA CONSIGNA, por Xaudaró.



—¡Vamos á ver! ¿Qué consigna tiene usted?
—Pus... pus... no macuerdo, mi... co... coro... coronel...; me paice..., me paice que man dicho...
—¡Basta!



—¡Señor oficial! Los centinelas, como siempre, sin saber la consigna... ¡Cada noche ocurre lo mismo!... ¡Esto es un escándalo..., una vergüenza!



—¡Oiga usted, sargentito! ¿Para qué le sirven á usted los galones? Los centinelas no saben la consigna..., el coronel va á volver y deseo que no se repita.
—¡A la orden!



—¡Oye tú! ¡Cabuchol! ¡Mia á ver si le daís bien la consigna á los centinelas ¡ridíosi!, que va á volver el coronel y vamor á ir toos de cabeza!



—¡Mia tú, piasso de animal! ¡calamida! ¡Mia que me estás quemando la sangre! Tu consigna es que *tú* que vigilar la puerta del calabozo y que no salga *naidé*. ¡Y ojo con el coronel, que no sabes tú bien lo bruto que es!



—¿La consigna?
—¡Pus... casi no me atrevo á *teirle* á usía la consigna! ¡Man dicho que es usía *mu* bruto!
—¿Yo?
(Paso de ataque y telón rápido.)

LA NACIÓN MILITAR

Semanario Independiente, de Ciencias Sociales y Militares, Literatura y Artes.

LA NACIÓN MILITAR

ADMINISTRADOR

DON TOMÁS MORENCOS

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

OFICINAS

MADERA, 6, PRINCIPAL DERECHA

COLABORACIÓN DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS MILITARES Y CIVILES

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Madrid, provincias y posesiones españolas..... { Un mes, 0,75 pesetas.
Tres meses, 2,25 pesetas.
Extranjero..... { Tres meses, 4,50 francos.

Anuncios: á 0,25 pesetas linea.